

Meditando con San Alfonso Valor del tiempo

Hijo, aprovecha el tiempo.
(Ecl. 4 23)

«*Procura, hijo mío* –nos dice el Espíritu Santo–, *emplear bien el tiempo*», que es la más cosa más preciosa y el don más grande que Dios puede otorgar al hombre en esta vida.

1º El tiempo es un gran tesoro que sólo en este mundo se halla.

Los mismos gentiles conocieron cuánto valía el tiempo. Séneca decía que no había ninguna cosa que igualase el precio del tiempo. Pero mejor que los gentiles han estimado y conocido los Santos su mucho valor. San Bernardino de Sena decía que un momento de tiempo vale tanto como Dios, porque a cada instante puede el hombre, con un acto de contrición o de amor perfecto, adquirir la divina gracia y la gloria eterna.

El tiempo es un tesoro que solamente se halla en esta vida, ya que no existe en la otra, ni en el cielo ni en el infierno.

«*¡Oh, si tuviésemos una hora!...*» Así es el gemido de los condenados en el infierno. ¡Qué no darían ellos por una hora de tiempo, en la cual pudieran reparar su ruina! Mas esta hora no la tendrán jamás.

En el cielo no hay lamentos; mas si los bienaventurados pudieran llorar, llorarían ciertamente el tiempo perdido en su vida mortal, que podría haberles servido para alcanzar un más alto grado de gloria; pero tampoco ellos podrán alcanzar este tiempo, por cuanto ya pasó la época de merecer.

Una religiosa benedictina, después de muerta, se apareció radiante de gloria a cierta persona, y le reveló que gozaba de plena felicidad, pero que, si le fuese dado desear alguna cosa, lo daría todo por volver al mundo y padecer mucho más para merecer más gloria; y añadió que con gusto hubiera sufrido hasta el día del juicio todos los dolores de la enfermedad que la llevó a la muerte, con tal de conseguir la gloria que corresponde al mérito de una sola Avemaría.

¿Y tú, hermano mío, en qué malgastas el tiempo?... ¿Por qué difieres siempre para mañana lo que puedes hacer hoy? No te olvides de que el tiempo pasado desapareció y ya no es tuyo, y que el tiempo que está por venir no se halla aún en tu poder; sólo tienes el tiempo presente para obrar el bien...

«¡Oh infeliz! –advierte San Bernardo–, ¿por qué presumes de lo venidero, como si el Padre hubiese puesto el tiempo en tu poder?». A lo cual añade San Agustín: «¿Cómo puedes prometerte un día tú, que no tienes una hora?»; esto es: ¿Cómo puedes prometerte el día de mañana, si no sabes siquiera si te queda una hora de vida? Así, con razón, decía Santa Teresa: «Si hoy no estás preparado para morir, teme una muerte desgraciada».

2º El tiempo es un tesoro menospreciado en vida y vanamente deseado en la muerte.

Nada hay más precioso que el tiempo, pero tampoco hay cosa menos estimada ni más despreciada por los mundanos. De ello se lamentaba San Bernardo, y añadía: «*Pasan los días de salud, y nadie piensa que esos días desaparecen y no vuelven jamás*».

Ved aquel jugador que invierte días y noches en el juego. Preguntadle qué hace, y os responderá: «Matar el tiempo». Ved aquel otro desocupado que pasa las horas muertas en la calle, quizá muchas horas, atisbando a ver quién pasa, si no es que se entretiene en hablar de cosas obscenas o a lo menos inútiles. Si le preguntan qué está haciendo, os dirá que no hace más que pasar el tiempo. ¡Pobres ciegos, que pierden tantos días, días que nunca volverán!

¡Oh tiempo menospreciado!, tú serás lo que más deseen los mundanos en el trance de la muerte... Suspirarán entonces por otro año, por otro mes, por otro día más, mas no lo tendrán; y oirán por toda respuesta aquella terrible voz: «*Ya no habrá más tiempo*» (Apoc. 10 6).

¡Cuánto pagaría cualquiera de estos desventurados para que se le concediese una semana más, un día más de vida, a fin de poder ajustar mejor las cuentas del alma! «Entonces –dice San Lorenzo Justiniano–, para lograr una sola hora de tiempo, darían todos sus bienes, riquezas, honores y placeres». Mas ni esa hora de tregua tendrán... «Apresúrate –le dirá el sacerdote que lo asista–, sal presto de este mundo, que ya no hay tiempo para ti».

Por eso nos amonesta el Sabio a que nos acordemos de Dios y procuremos su gracia antes de que desaparezca la luz (Ecl. 12 1-2). ¡Qué angustia no sentiría un viajero al advertir que extravió su camino cuando, por ser ya de noche, no tuviese el tiempo de ponerle remedio!... Pues esta misma pena es la que acometerá en la hora de la muerte al que haya vivido largos años sin emplearlos en el servicio de Dios. «*Vendrá la noche –dice el Señor– en la cual ya nadie puede obrar*» (Jn. 9 4). Esta noche fatal será para él la hora de la muerte, en la cual ya no podrá hacer nada.

«*Llamó al tiempo contra mí*», dice el profeta Jeremías (Lam. 1 15). Pasará entonces por delante de su conciencia el tiempo que tuvo, y cómo lo empleó en daño del alma; le vendrán a la memoria cuántas luces y gracias recibió de Dios para santificarse, y no quiso aprovecharse de ellas; y además verá cerrada la senda para hacer el bien. Por eso dirá gimiendo: «*¡Loco de mí! ¿Qué es lo que he hecho? ¡Oh tiempo perdido! ¡Oh vida mía, perdida toda! ¡Perdí para siempre los años en que podía haberme santificado!... Mas no lo hice, y ahora se acabó el tiempo...*». Pero ¿de qué le servirán entonces estos suspiros y lamentos, cuando está acabándose para él la escena de esta vida y la lámpara de su vida despide los últimos fulgores, y se ve próximo ya, moribundo, al solemne instante de que depende toda la eternidad?

3º El tiempo es un tesoro que hay que saber aprovechar diligentemente.

Caminemos por la senda del Señor «*mientras tenemos luz*» (Jn. 12 35), esto es, durante la vida, porque la luz se apaga en la hora de la muerte. Entonces no será ya tiempo de prepararse, sino, como nos dice el Señor, de «*estar preparado*» (Lc. 12 40). En la hora de la muerte nada se puede hacer: lo hecho, hecho está...

¡Oh Dios mío! ¡Si a alguno le trajesen la triste noticia de que en breve se había de fallar un proceso del cual dependiese la causa de su vida o de su muerte, o de toda su fortuna, con cuánta diligencia buscaría un buen abogado, procuraría que los jueces conociesen bien las razones que le asisten, y trataría de allegar medios para obtener una sentencia favorable! Y nosotros, ¿qué hacemos? Nos consta con certeza que muy en breve, en el momento menos pensado, se ha de fallar la causa del mayor negocio que tenemos, a saber, la del negocio de nuestra salvación eterna, ¿y seguimos perdiendo el tiempo?

¡Cosa digna de admiración! Al demonio le parece breve el tiempo de nuestra vida, y no pierde ocasión de tentarnos: «*Descendió el diablo a vosotros con grande ira, sabiendo que le queda poco tiempo*» (Apoc. 12 12). ¡De manera que, mientras el enemigo no desaprovecha ni un instante para perdernos, nosotros no sabemos aprovechar el tiempo que Dios nos concede para salvarnos!

Quizá diga alguno: «Yo aún soy joven; más tarde me convertiré a Dios». Pues sabed –le replicaré yo– que el Señor maldijo aquella higuera porque no llevaba frutos, aunque «no era tiempo de higos», según lo advierte el Evangelio (Mc. 11 13). Con lo cual Jesucristo quiso darnos a entender que el hombre en todo tiempo, aun en los años de su juventud, debe producir frutos de buenas obras; de otro modo será maldito y no dará frutos en lo por venir, como no los volvió a dar la higuera: «Nunca jamás coma ya nadie fruto de ti» (Mc. 11 14). Así dijo el Redentor a aquel árbol, y de esta misma suerte maldice al que, llamado por Él, le resiste...

Otro preguntará: «*Pero ¿qué mal hago yo?*». ¡Oh Dios mío! ¿Y no es ya un mal perder el tiempo en juegos o conversaciones inútiles, que de nada aprovechan a nuestra alma? ¿Acaso nos da Dios ese tiempo para que así lo perdamos? No, dice

el Espíritu Santo, «del buen don no pierdas ni la más mínima parte» (Ecl. 14 14). Aquellos operarios de que habla San Mateo no hacían ninguna cosa mala; solamente perdían el tiempo, y, sin embargo, fueron reprendidos por el dueño de la viña, que les dijo: «¿Por qué estáis aquí ociosos todo el día?» (Mt. 20 6).

En el día del juicio, Jesucristo nos pedirá cuenta de toda palabra ociosa. «Mira como perdido –dice San Bernardo– todo el tiempo que no has empleado en el servicio de Dios». Y el Sabio nos dice: «Cuanto pueda hacer tu mano, hazlo sin demora, porque ni para obra ni pensamiento habrá lugar en el sepulcro, hacia el cual corres apresuradamente» (Ecl. 9 10).

La Venerable Madre Sor Juana de la Santísima Trinidad, hija de Santa Teresa, decía que en la vida de los Santos no hay día de mañana; solamente lo hay en la vida de los pecadores, pues siempre están diciendo: «Mañana, mañana», y así les asalta la muerte.

«*Ahora es el tiempo favorable*», dice el Apóstol (II Cor. 6 2). «*Si oyereis hoy la voz de Dios –dice el Salmista–, no endurezcáis vuestros corazones*» (Sal. 94 8). Dios te exhorta hoy a hacer el bien; hazlo hoy mismo, pues bien puede ser que mañana no sea ya tiempo, o que Dios no te vuelva a llamar. Y si, por desgracia, en la vida pasada has empleado el tiempo en ofender a Dios, procura llorarle todo lo que te queda de vida, como se propuso hacerlo el rey Ezequías: «*Repasaré delante de ti, oh Dios mío, con amargura de mi alma, todos los años de mi vida*» (Is. 38 15).

Dios te prolonga la vida para que repares el tiempo perdido: «Redimid el tiempo –dice San Pablo–, porque los días son malos» (Ef. 5 16); esto es, como dice San Anselmo comentando este texto, «recupera el tiempo haciendo lo que descuidaste hacer». San Jerónimo dice de San Pablo que, «aunque fue en orden el último de los Apóstoles, los aventajó en méritos a todos ellos, porque después de su vocación trabajó más que todos».

Consideremos a lo menos que en cada instante de vida podemos granjear mayor acopio de bienes eternos. Si nos concediesen en propiedad tanto terreno como pudiéramos recorrer en una jornada, o tanto dinero como alcanzásemos a contar en un día, ¡con qué afán nos pondríamos manos a la obra! Pues bien, pudiendo ahora adquirir tesoros eternos a cada momento, ¿qué hacemos malgastando el tiempo? No dejes para el día de mañana lo que puedas hacer hoy, porque el día de hoy lo habrás perdido y ya no volverá más.

Cuando San Francisco de Borja oía hablar de cosas mundanas, elevaba a Dios el corazón y se entretenía con El en santos afectos; de suerte que, si le preguntaban luego su parecer acerca de lo que se había dicho, no sabía qué responder. Un día le reprendieron por ello, mas él contestó: «Antes prefiero pasar por hombre de corto ingenio que perder una partecita de tiempo».